

José María Sanz García *(1919-2000)*

José Manuel CASAS TORRES
Departamento de Análisis Geográfico Regional y Geografía Física. U.C.M.

Me ha propuesto la Comisión constituida por los Departamentos de Geografía Humana, y de Análisis Geográfico Regional y Geografía Física, de la Facultad de Geografía e Historia de nuestra Universidad Complutense que sea yo, en mi condición de «amigo más antiguo», quien redacte la presentación de este volumen de homenaje a la memoria de nuestro muy querido compañero, y en muchos casos fraterno amigo, José María Sanz García, una vez que, por razones bien comprensibles y que todos respetamos, su hijo Juan, maestro de tantos de nosotros, nos ha rogado que le dispensemos de hacerlo él.

Por supuesto, lo hago con mucho cariño, pero como la «Facultad de Geografía de la Complutense es una familia» y a Pepe y a sus trabajos de investigación los conocemos muy bien, no creo que deba hacer una reseña erudita de sus publicaciones y méritos académicos que —son muy grandes y bien conocidos de todos nosotros— como suele hacerse en otras circunstancias. En esta ocasión, compruebo ahora al reflexionar sobre nuestra amistad, que hace más de sesenta años que somos verdaderos amigos.

Desde el patio que preside la estatua de Luis Vives del severo y armonioso claustro de la vieja «Universidad Literaria de Valencia» hasta el piso 12 del edificio «B de Letras» de la «Complu», han transcurrido entre nosotros sesenta o más años de buena amistad y aprecio mutuo. Tres o más en la Universidad de Valencia, en plena juventud uno y otro. Veintidós, en mi caso, en la de Zaragoza, en parte empeñados, hombro con hombro ambos, durante los veranos, en la «batalla de la formación, sobre el terreno», del profesorado de los Institutos de Enseñanza Laboral —en los que tantas ilusiones pusieron D. José María Albareda Herrera y D. Lorenzo Vilas—. Y más de treinta y cinco años juntos en la Complutense y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, viendo crecer a los hijos y nietos de Pepe y Chon, y a toda una serie de estupendas promociones de futuros profesores universitarios.

No puedo, ni tampoco quiero, juzgar a Pepe como siempre fue: un gran universitario, perdidamente enamorado de Madrid —«Madrid crisol de las Españas»— infatigable investigador, envidiable prosista, y, ante todo, en su humilde sinceridad y sencillez, un gran corazón de profesor, veraz siempre, sincero, sencillo y a la vez profundo; muy querido de sus alumnos, que encontraban en él la acogida cordial y amistosa, sin fingimientos, de un hombre sin doblez ni engaño, siempre dispuesto a escuchar y a comprender, y a decir la verdad sin herir a nadie.

Si no recuerdo mal fue Jorge Guillén quien escribió aquello de que «el mundo está bien hecho». Nada más lógico puesto que es obra de Dios. Pepe fue un gran admirador de la belleza y perfección de la naturaleza creada. Para captarlas como él hay que ser como él era: sin doblez, ni rencores envidiosos, pronto a la admiración y al agradecimiento más sinceros.

He hablado, hace un instante, de su trabajo en la promoción y puesta en marcha de la «Institución de Formación del Profesorado de Enseñanza Laboral» que se iba creando en aquellos años. José María era Jefe de Servicios Técnicos (Documentación, Biblioteca y Museo), Asesor adjunto de Geografía e Historia, y Vicedirector del Boletín Pedagógico. Era ya, también, en esta época, titulado de la Escuela Oficial de Periodismo de Madrid y Diplomado de la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archiveros.

Pero aún hay que consignar que buena parte del verano la empleábamos en preparar, y realizar luego, una larga excursión, con los profesores de los Centros, para recorrer y conocer —en la medida de lo posible— «en directo», una región española. Pepe era el coordinador de todos los aspectos, pero la «contabilidad» cotidiana del viaje la llevaba Chony su mujer. La combinación era perfecta. Con ellos —y con gran agrado de todos— venían sus dos hijos. María José y Juan, que en aquellos años eran muy pequeños.

«D. José María», como le llamaban con cariño los alumnos de la Facultad, o Pepe para sus compañeros, fue siempre un hombre que gozó de grandes simpatías, —precisamente por su sinceridad y su talante franco, directo y sin recovecos—, que se ganaba la amistad de todos y se manifestaba en mil ocasiones por su originalidad y «libertad de espíritu».

Por ejemplo, en sus oposiciones a cátedras de Escuelas de Comercio, para hacer un ejercicio que se preparaba con libros y notas que podían llevar los opositores compareció con un fichero de madera que trajo de su domicilio. El mueble tenía la altura de un hombre.

En esa misma oposición obtuvieron también plaza Rosario Miralbés y Angel Cabo.

Cuando Pepe ganó la de profesor adjunto de nuestra Universidad Complutense desarrolló un ejercicio oral provisto de un sextante de su propiedad,

que en aquel momento, a pesar de la novedad que suponía acompañarse de él, venía muy a cuento.

Como es obvio, antes de esta oposición, ya había leído su tesis doctoral: «Madrid, ¿capital del capital?», que recibió la máxima calificación. Este título, con el que la publicó, no coincidía exactamente con el que tenía cuando se leyó, pero era mucho más expresivo de su contenido... y de su amor a Madrid.

Como ya dije en el acto de Homenaje en su Memoria que tuvo lugar en el Instituto Geográfico Nacional, la obra maestra de Pepe, su obra cumbre, fue la formación de su familia, su matrimonio con María Asunción Donaire Vázquez y la educación de sus hijos.

En estos últimos veinticinco años de nuestras vidas, que han pasado tan deprisa, he compartido con Pepe y su querida familia muchas cosas alegres y algunas tristes, como su inesperado fallecimiento y el de los padres de María Aránzazu Hernández, la esposa de Juan su hijo.

Entre las alegres están las bodas de sus hijos. María José, igual que su madre, hizo Farmacia y se casó con Vicente Moreno, Ingeniero de Caminos. Juan José se casó con una muy buena alumna mía y casi compañera suya de curso: María Aranzazu —Arantxa— Hernández, hija de otro fraterno amigo: Fernando Hernández, catedrático de Instituto de Matemáticas, alumno de D. Francisco Botella Raduán, un gran profesor de la Facultad de Exactas.

Juan José y Aranza tienen cuatro hijos. El mayor, Javier, es Ingeniero de Caminos; Aranzita terminó Medicina el curso 2000-2001, con un expediente brillantísimo y ya ha ingresado en el MIR; los dos pequeños, Jaime y Miguel, son gemelos, y entraron en la Universidad el curso que viene.

María José y Vicente tienen dos hijos: María Esther, ya licenciada este año en el Centro Superior de Diseño y Moda de la Universidad Politécnica de Madrid, y Vicente futuro farmacéutico.

Estoy convencido de que todos los amigos, alumnos y compañeros de Pepe, lectores de esta «herética» necrología de un amigo muy querido y admirado, comprenden y están de acuerdo en que estas «noticias» sobre la familia de Chony y José María son del mayor interés para todos los que le conocimos y queremos, no sólo para nosotros sino para cuantos seguimos con preocupación el envejecimiento de la sociedad europea de nuestro tiempo. La familia es la pieza esencial e insustituible de la grandeza o depravación de un pueblo, y hay que pedir al cielo que siga habiendo —como aún hay, gracias a Dios— muchas familias como las de Chony y Pepe, sus hijos y sus nietos.

La última vez que vi a Pepe fue a finales de noviembre del año 2000. En el piso 12 de la torre de nuestra Facultad, el Departamento de Análisis Geográfico Regional y Geografía Física inauguraba un aula equipada con una docena de ordenadores. Con ese motivo nos reunimos un grupo de profesores y

exprofesores de los dos Departamentos de la Facultad, entre los que lógicamente se encontraban Chon y Pepe.

Pepe, muy contento, me contó que había subido a pie los doce pisos. Bromeamos sobre la «hazaña» —que lo era verdaderamente—, visitamos el aula, instalada con mucho cariño con una decoración de mapas temáticos muy adecuada y representativa, y nos despedimos cordialmente.

A los pocos días estalló la dolorosa noticia: Pepe estaba muy grave. Antes de empezar la operación, a vida o muerte, totalmente consciente, recibió de manos de un sacerdote la Santa Unción de los enfermos.

Había caído —como los mejores— «en acto de servicio». El día anterior asistió e intervino en una conferencia, que versaba sobre el Mapa de Juan de la Cosa, en el Instituto Geográfico Nacional, donde tantos amigos tenía, y él, como todos nosotros, tanto admiraba y agradecía su impagable labor cartográfica, de vanguardia en multitud de aspectos, que acreditan la calidad de sus mapas entre los mejores del mundo. (Precisamente en la sesión necrológica a que me he referido antes, D. Rodolfo Núñez de las Cuevas, uno de nuestros maestros más queridos y con más derecho a ese título, hizo mención cuando le correspondió hablar, del interés con el que José María estuvo buscando en la Hemeroteca Nacional alguna referencia en la prensa española de la época de la publicación de la primera hoja del 1: 50.000, la de Madrid. Como se podía temer no encontró ninguna).

Chony acompañó a Pepe hasta la Sala de Conferencias y le dejó en ella. Pepe al terminar el acto se sintió indispuerto. Fue trasladado rápidamente a La Paz. Todo el equipo médico que le atendió se desvió en su tarea (como es proverbial ya) durante muchas horas, con la mayor generosidad y entrega.

Fueron días de gran ansiedad. Todos, compañeros, amigos, exalumnos y alumnos, vivimos pendientes de él y de su querida familia.

Dios Nuestro Señor le quería ya con El. José María falleció el domingo 17 diciembre del año 2000. La muerte, la puerta de la verdadera vida, viene siempre enviada por el más amoroso de los padres, cuando, como y en el momento en que más nos conviene.

La Santa Misa córpore insepulto y el velatorio congregaron a una multitud de amigos suyos.

(Es una pena que La Paz, un centro sanitario tan justamente famoso por la calidad y dedicación de su personal médico-sanitario, y tan generosamente construido, no tenga unos velatorios y sus accesos a ellos, más acordes con el respeto y el honor debidos a la dignidad de un cadáver y la aflicción de sus allegados y amigos).

D. José María Sanz García, un hombre bueno y cabal donde los haya, está enterrado en Alfambra, un núcleo de población de la tierra alta turolense. Tierra a la que algunos ya nos sentíamos muy vinculados y que para nosotros

añade desde ahora el mérito de custodiar la envoltura mortal de un amigo entrañable.

Por mi parte termino aquí.

A continuación se añade una relación casi completa de las innumerables publicaciones de D. José María Sanz García, que será de gran utilidad a todos los que estén como él enamorados de Madrid, o simplemente deseen adentrarse en su conocimiento.

Considero mi deber, y me satisface mucho decirlo, dejar constancia de que la relación ha sido reunida por Doña María Asunción Donaire de Sanz García, sin cuya generosa, entusiasta, y cordialísima cooperación tal vez nunca se hubiera podido recoger una bibliografía tan rica como ésta.